

## CAPÍTULO V

### LA DERECHA CONTRA LA AMENAZA DE LA "REVOLUCIÓN SOCIAL"

La creciente propaganda socialista se convirtió, bien pronto, en un peligro inminente, al menos así decían los portavoces de la reacción, que tomaron para sí la tarea de refutar teóricamente las consignas extremistas. Escritores y periodistas resumieron la crítica a las medidas bolcheviques que recorría por todo el mundo y la ofrecieron a los lectores bolivianos para que les sirviese de escarmiento. No se limitaron a teorizar sino que, de manera unánime, pidieron la enérgica represión de los agitadores. Para ilustrar lo dicho nos vamos a referir a algunas obras aparecidas alrededor de 1930, aunque, como tenemos indicado, desde comienzos de siglo menudearon los escritos antisocialistas. La crítica en este terreno no siempre guardó las debidas proporciones y sus conclusiones, casi siempre, pecaron de antojadizas. Gustavo Ríos Bridoux (31), por ejemplo, llegó a sostener que la escuela de maestros de Sucre propagaba el bolchevismo: "El director de la escuela normal de Sucre, Faria de Vasconcellos, inauguró con pompa después de un largo informe al Ministerio de Instrucción, la República escolar bajo la base del self-government... En esos métodos han sido educados nuestros maestros y profesores y los han implantado en nuestros establecimientos de instrucción; esto es: están haciendo germinar la simiente bolchevista. Los pedagogos extranjeros nos sorprendieron con sus nuevas teorías cuya aplicación para muchos no entraña peligros y cuyas consecuencias aún no se han revelado en toda su monstruosidad. Por otra parte, no hay necesidad de estudiar a fondo estas cuestiones para darse cuenta que llevamos el germen bolchevista en nuestras escuelas". Ríos se extraña que habiendo tenido cientos de revoluciones se busque un régimen bolchevista. "Esto es: la revolución permanente, el mejicanismo".

#### 1 ROMAN PAZ

Abogado nacido en Cochabamba se inició muy joven en la magistratura judicial. Debuta en política como diputado por la Provincia de Arque, logrando la victoria electoral como militante del Partido Conservador o Constitucional, organizado e inspirado por Mariano Baptista, Aniceto Arce, Severo Fernández Alonso y Luis Paz. En su larga y batalladora vida permaneció fiel a las enseñanzas dejadas por Baptista e incluso a su clericalismo (32).

El Presidente Baptista lo nombró Oficial Mayor de Instrucción y, más tarde, su Secretario Privado y Prefecto del Beni. Permaneció largo tiempo en el Noroeste como funcionario de la Delegación. Cuando cumplía tales tareas fue "derrocado el Partido Conservador por el Liberal (1899). Desde entonces tomó su puesto en las filas de la oposición, actuando con valentía y gran notoriedad en los comicios populares y en la tribuna de la prensa, siendo redactor en jefe del periódico "La Capital" de Sucre, del que era propietario". Era un periodista experimentado, pues defendió desde la prensa y empecinadamente sus ideas conservadoras.

En 1914 fue elegido diputado por la capital de la República, juntamente con el líder opositor Domingo L. Ramírez. Como consecuencia del estado de sitio decretado por el gobierno de Montes fue desterrado por seis meses a Chile, como también lo fueron Saavedra y otros personajes republicanos.

Este reaccionario convicto y confeso fue llamado para reconstituir el Partido Republicano, del que fue uno de sus más activos portavoces. Encontrábase redactando "La Capital" cuando sobrevino la revolución del 12 de julio de 1920, a cuyo desenlace contribuyó eficazmente.

Sus ideas fundamentales se encuentran en los numerosos folletos que escribió. Se lo consideraba un especialista en cuestiones sociales y educacionales.

Ocupó el ministerio de Justicia y Fomento del gobierno Saavedra y se alejó del gabinete por discrepancias políticas con el caudillo republicano. Sin embargo, más tarde fue ministro de Relaciones Exteriores. Llegó también hasta la presidencia del Senado Nacional.

Siguiendo el ejemplo de Baptista, se esforzó por fundamentar teóricamente su "conservantismo" (así llamaba a su ideario político). Para él no se trataba ciertamente de un sinónimo de posiciones "retrógradas, oscurantistas o estacionarias" (33). Román Paz reproduce lo que el maestro escribió acerca de la ideología del Partido Conservador: "Se reduce, en el orden social político a conservar y hacer prácticos los derechos, libertades y garantías constitucionales de orden fundamental... Como parte esencial de su programa, sostiene el ideal religioso... Su campo de acción no es menos amplio para impulsar el progreso, en todo lo que sea razonablemente susceptible de él... El progreso no es una transformación ciega y vertiginosa de las cosas. Tiene sus leyes naturales... En el orden político, toma impulsos varios, según los países y las costumbres. En el orden social, religioso y moral tiene límites prefijados, infranqueables e inamovibles. Este es el punto en que se hace obligatorio el principio netamente conservador.

"De ahí el sentido práctico de aquella frase de Canalejas, que parece una paradoja: "progresar, conservando". Y el de esta otra divisa, harto comprensiva del ideal conservador, original de su fundador y jefe por muchos años en Bolivia, el gran tribuno Baptista: "Orden en la ley. Progreso en el orden vinculado a la ley social del cristianismo".

Es este Román Paz el que escribió sobre la doctrina y la práctica de la "revolución social" que flotaba en el ambiente (34). Su objetivo central es de naturaleza pedagógica y no proselitista. El conservador levanta la pluma para defender el orden social existente de la amenazante e "irracional" insurgencia de las masas. Todo esto está consignado en la introducción: "he considerado un deber el concurrir con mis ideas y acción posibles a la empresa patriótica de confortar la vida institucional amenazada y reprimir o aplacar, por lo menos, la insensata conflagración de espíritus ignaros y temperamentos exaltables, soliviantados al influjo nefario de doctrinas y ejemplos perversos, procurando un mejoramiento positivo en la situación de las clases obreras, y sobre todo en el encauzamiento razonable y justo de su ideología y de sus costumbres". Se propuso analizar y difundir lo que él consideraba la verdadera esencia de las diversas doctrinas socialistas, "para que las inteligencias extraviadas puedan reaccionar razonablemente y que los corazones devorados por el odio y la codicia se apacigüen y busquen satisfacciones lícitas y más nobles".

En el capítulo primero hace una apasionada defensa del orden- social existente, que para él implica la defensa del cristianismo. "La existencia de la sociedad como un hecho necesario, y el principio de autoridad anexo a ella como condición ineludible de su conservación y desarrollo racional". Proclama como un pilar de la civilización "el respeto y amparo de las creencias religiosas, constitutivas del orden espiritual que se apoya en el concepto de la inmortalidad del alma y de los destinos superiores del ser humano". Como a todos los teóricos burgueses, el derecho de propiedad (que según él debe tener carácter inviolable) se le antoja "inherente a las necesidades de la naturaleza humana, bien que sujeto a limitaciones necesarias y cargas en servicio de la sociedad".

Antes de pasar revista a las doctrinas sociales, sienta como verdad indiscutible la inoperancia del socialismo como norma para la transformación de la sociedad. "Vana empresa es esta de componer las desigualdades sociales y de fortuna, aplicando dinamita al edificio de la civilización, o pretendiendo volcar de cuajo las clases sociales lo que es aún más temerario y loco, destruir la obra espiritual de Cristo, que palpita en las instituciones más sólidas de la civilización". Sigue la obligada referencia al ejemplo de la revolución francesa. Lo que hicieron los jacobinos vendría a demostrar la inutilidad de la prédica de Voltaire y Rousseau.

Para dar una idea del socialismo ofrece una larga y variada lista de trozos tomados de diversos autores, desde Rousseau hasta Lenín, pasando por Brissot (el primero que lanzó la sentencia de que "la propiedad es un robo"), Proudhon, Bakunin, Reclus, etc. Es lógico que nuestro bien informado autor hubiese copiado algo de Marx y Engels.

Román Paz llama al marxismo colectivismo y lo presenta como sinónimo de doctrina social retrógrada. Cita y transcribe partes del "Manifiesto Comunista", de "El Capital" y de la "Alocución inaugural" de la Asociación (él llama Sociedad) Internacional de Trabajadores. Dice que las promesas del socialismo, que con sorna llama científico, no pueden menos que ser seductoras para las "muchedumbres ignorantes" y que en ese montón de sofismas y engaños radica la clave de los "éxitos relativos" de tal prédica.

Considera que el marxismo arrancará de cuajo todo lo existente y en todos los planos: "se desconoce la existencia de Dios y se relegan al olvido los derechos de la familia, el matrimonio, los principios de

justicia y de moral, las libertades civiles, como las de asociación, de enseñanza, de prensa y económica o de industria, etc". Tiene que extrañar que se diga esto después de la experiencia rusa; los datos y argumentos de Paz son anacrónicos.

Saluda entusiasmado la aparición de "Más allá del marxismo" del belga Henri de Man, porque considera que constituye el reconocimiento de la inviabilidad de la doctrina de Marx.

La doctrina de la plusvalía, a la que dedica bastante espacio, se le antoja una de las tantas disquisiciones casuísticas del marxismo. Se descubre de inmediato que no conoció la teoría en sus fuentes primigenias, sino a través de comentaristas interesados. El aspecto fundamental del marxismo es presentado de manera inexacta: "la hipótesis marxista incurre en el grave error económico de creer que el valor es el origen y objeto exclusivos del trabajo y el de considerar el trabajo del obrero asalariado como único elemento productivo de la obra industrial, haciendo caso omiso del trabajo intelectual, técnico y científico, así como de la experiencia y dirección aportados por el capitalista... "

La segunda doctrina social que analiza es el sindicalismo, es decir, la teoría desarrollada por los franceses Peloutier y Sorel. Denuncia asombrado que "de la justicia y la moral hacen mofa, según escribe uno de los jefes del sindicalismo americano, la IWW, Giovannitti".

Define el sindicalismo revolucionario como un colectivismo intensificado, "en el que los sindicatos o gremios asumen la dirección general y el detalle del trabajo, de la distribución de los bienes expoliados a los burgueses".

Se dedican sesenta y cinco páginas al análisis del bolchevismo, que es calificado de "socialismo práctico". Para Paz la política desenvuelta por Lenin no es más que marxismo extremista. No llega a percibir las enormes diferencias que existen entre anarquismo y bolchevismo, pues son englobados en lo que él llama "partido revolucionario ruso".

Su objetivo es presentar, en la forma más impresionante posible, el cuadro horroroso de la revolución rusa, a fin de que ningún boliviano pueda atreverse a seguir predicando el socialismo. Para cumplir este objetivo toma a varios divulgadores de falsedades acerca de la obra de los soviets. No es posible detenerse a analizar la veracidad de esas imputaciones. Es explicable que dedique un capítulo especial a la disolución de la famosa asamblea constituyente, considerada como un rudo golpe a los sagrados principios de la democracia, y a la Cheka.

El jefe de la policía política es presentado como un "amoral y degenerado". Se describen con minuciosidad las supuestas torturas a las que se dice eran sometidos los prisioneros del nuevo régimen.

Al período stalinista llama la "segunda etapa del comunismo bolchevista" y es explicable que no se dé cuenta de que se trata de la reacción dentro del proceso revolucionario. Algo más, no existen para él diferencias entre bolchevismo y stalinismo, los crímenes de este último y sus medidas antiobreras y contrarrevolucionarias son consideradas como resultados normales del proceso mismo iniciado en octubre de 1917. Se transcribe in extenso el artículo en el que Leopoldo Lugones expresa su desilusión porque las promesas bolcheviques fueron desmentidas por los hechos y las obras del gobierno soviético. La conclusión fluye por sí misma: el comunismo ruso es peor que el mismo capitalismo, sobre todo porque destruye la libertad individual y empeora las condiciones de vida y de trabajo. Este aporte de informaciones tiene un claro designio: "romper el engañoso lente con que se le hace contemplar de la distancia a las indoctas y confiadas clases obreras y a la juventud siempre ávida de cosas nuevas".

Enumera con satisfacción toda la gama reformista aparecida en los diversos países europeos y no oculta su admiración por la Federación Obrera del Trabajo de Samuel Gompers.

Reconoce que las desigualdades sociales, dada su extrema agudeza, constituyen un mal, pero subraya que el comunismo no es el camino adecuado para superarlas. La guerra al régimen capitalista equivale, para Paz, a la lucha a muerte contra la civilización. Dice que el comunismo da el nombre de proletarios a los hampones, viciosos, vagabundos y degenerados. Atribuye a los extremistas el plan de "sobreponer el trabajador a la inteligencia" y contra esta tesis se levanta airado.

En oposición a los excesos y barbarie del Marxismo señala un otro camino, siguiendo "los limpios cauces

de la civilización", para solucionar las desigualdades sociales: la social democracia cristiana. Román Paz es, pues, uno de los precursores de esta tendencia tan en boga en nuestros días.

Llega a la democracia social partiendo de la "concepción espiritualista de la vida", por esto define la cuestión social como "esencialmente religiosa y económica", citando en su apoyo a Keller: "La causa del mal social es, más que todo, una cuestión moral y los sufrimientos materiales que entraña son su consecuencia y no su origen".

Resulta lógica la conclusión de que las causas del malestar social deben buscarse en la religión y, sólo en segundo término, en la economía social. Cristo, "que vino al mundo para liberar, espiritual y físicamente, a los humildes, a los desamparados, a los pobres, a los perseguidos, a los explotados y a los trabajadores, obrero también como ellos, es quien posee" los remedios para las desigualdades sociales. La iglesia y sus portavoces son los que materializan la voluntad igualitaria de Cristo. En otras palabras, no puede haber redención social al margen del cristianismo. "Nadie como nuestro Señor Jesucristo penetró más hondo con su clara visión en la entraña sensible de las muchedumbres proletarias de todos los tiempos". Para Paz los explotados hace siglos que tienen un programa de redención social y ese es el decálogo mosaico.

Enumera los principios de la democracia cristiana, doctrina que "proclama todas las atemperaciones jurídicas y morales del derecho de propiedad, a fin de que las clases pobres y desvalidas de la sociedad sean protegidas contra la explotación ilícita de su trabajo, y la miseria en que las dejan las clases capitalistas, mediante ciertas leyes eficaces" .

Los demócratas cristianos convienen con los socialistas en ciertos puntos, como aquel de ser inadmisibile el derecho absoluto de la propiedad (quiritario), que supone el uso y abuso sin límite alguno.

Como todo buen demócrata cristiano fundamenta sus opiniones con citas de las encíclicas papales, particularmente de la llamada "De Rerum Novarum" de León XIII, el Pontífice de los pobres. No era ciertamente contrario de las organizaciones gremiales, siempre que armonicen los intereses de las clases en pugna, y encontró pasajes de otro mensaje papal en apoyo de su tesis. "Pío XI, en su Encíclica de 15 de mayo de 1930, confirmando en extensa recapitulación las doctrinas y admoniciones que acabamos de exponer, indica la necesidad de "una reforma de las instituciones y la enmienda de las costumbres". A este fin sugiere la organización de sindicatos gremiales, no para promover la lucha de clases, como lo quieren los socialistas, sino más bien para ver de conciliar sus intereses y recíprocas conveniencias".

La armonización de los intereses de patronos y obreros en los sindicatos permitiría ilegalizar las huelgas y lograr "la colaboración pacífica de las clases entre si; reprimir las confabulaciones y vedados intentos socialistas".

La reforma social será, más que nada, reforma moral, remedio religioso y jurídico a todos los males de la sociedad. No en vano sus últimas palabras son de llamado a los obreros para que no se dejen engatuzar por la propaganda extremista y a los patronos para que se esmeren en mejorar las condiciones de miseria en que viven sus dependientes.

Sólo una vez se refiere al caso concreto de Bolivia y es para indicar que "el problema obrero no tiene los caracteres de gravedad extrema como en otros países", esto como consecuencia del escaso número de empresas de volumen considerable. "Fuera de ellas, puede decirse, que sólo en épocas de crisis económica, se dejan sentir las penurias de la pobreza y el hambre, con la falta de trabajo para vivir". La crisis financiera no permite al Estado cumplir con el programa de mejoramiento de las condiciones económicas de existencia de las masas.

Paz denuncia que es en este estado de cosas que se produce "la propaganda comunista de origen evidentemente soviético, y la profusa circulación clandestina en las ciudades y pueblos de Bolivia de volantes impresos en Buenos Aires y Montevideo, donde funcionan activamente agencias del Soviet. En ellos se, incita malévolamente con sugerencias y promesas engañosas, a las masas obreras y a la raza indígena a la rebelión contra el orden político y el régimen social, para sustituirlos con el comunismo".

Román Paz abriga el temor de que "las masas indoctas" pudiesen rendirse ante el aliciente de "obtener los bienes de fortuna asaltados, que se les ofrece" y se alisten en las filas de la revolución social, "a la

cual ya suelen vitorear". El peligro se desvanecerá si esas masas son ayudadas a sacar conclusiones claras sobre la verdad del problema social. En Bolivia no puede haber revolución social -dice nuestro autor- porque ni siquiera hay lucha de clases, "y por el contrario es patente el espíritu de fraternidad y la homogeneidad en las aspiraciones de orden social". Si hay bolcheviques se debe únicamente al espíritu de imitación de algunos. "Si las sugerencias a los obreros para la guerra de clases son absurdas e inicuas, las incitaciones al alzamiento de los indios para un comunismo que no sospechan y que, como a los campesinos rusos, puede conducirlos a la expropiación de sus propias tierras de comunidad, para que los socialistas las aprovechen de otro modo, son arteramente perversas y dañinas". Para Paz el problema indígena no es económico, "sino de alfabetización y educación agraria".

## 2 OCTAVIO SALAMANCA

El libro de Octavio Salamanca (35) guarda alguna relación con el escrito analizado más arriba, aunque se perciben de inmediato enormes diferencias entre ambos.

En el introito se sostiene que es la ignorancia del país, su tremendo alejamiento de la civilización, su extenso y despoblado territorio, su pobreza y su casi total falta de industrias, los que lo convierten en fácil presa "del socialismo ruso y alemán, que mandan dineros y propagandistas para encender y consumir con el socialismo destructor la civilización y la libertad". Parte de la certidumbre de que las naciones ignorantes son las que "caen primero al falso espejismo de las dichas políticas que ofrece el socialismo. Ahí está Rusia con su 70% de analfabetos; Méjico y Bolivia en Sud América".

La importancia de "El socialismo en Bolivia" radica, entre otras cosas, en que parte de la propaganda izquierdista que se realizaba alrededor de 1930, sus comentarios no son siempre felices, pero llevan hasta nuestro conocimiento algunas inquietudes de las masas. En sus páginas encontramos referencias concretas a las actividades de la Federación Obrera del Trabajo de Cochabamba y del cuarto congreso obrero. Salamanca igual que Paz nos dice que el socialismo estaba de moda en esa época. "EL socialismo había progresado tanto, que todo estaba minado". Comparte la opinión de toda la reacción en sentido de que, pese a la moda, los bolcheviques criollos no conocían "sus teorías y sobre todo su práctica, y a dónde nos llevaría su implantación en Bolivia". Este vacío es lo que pretende llenar Salamanca para bien y salvación del orden social establecido. Se llama a sí mismo "recopilador que ordena metódicamente lo dicho por tantos sabios, políticos y escritores".

"El Gráfico", vocero de la FOT cochabambina, lanzó un vehemente llamado a la lucha contra los burgueses, latifundistas y otros explotadores y la proclama ostentaba escalofriantes amenazas. "Temblad mineros, temblad propietarios, dueños de casas: la hora de la reivindicación se acerca". Salamanca responde palabra por palabra al desafío proletario.

El argumento de mayor peso que se opone al razonamiento de los socialistas radica en la evidencia de que en el valle cochabambino la propiedad de la tierra se encuentra excesivamente parcelada. "Esta subdivisión territorial sigue en ascenso, en los valles casi ya no existen hacendados, todo está en manos de indios, y con dejar que siga este hecho pronto tendremos retaceada la tierra para todos, cosa que no ha obtenido ni el Soviet ruso, y nosotros ya hemos logrado ese fin; sin derramamiento de sangre, ni violencias e injusticias". El autor constata que en Bolivia se llama proletarios a gente acomodada, que está lejos "de ser indigente", al extremo de que los dirigentes "obreros" son propietarios de talleres o intelectuales. La época de la influencia decisiva de los artesanos en las organizaciones laborales no había sido superada.

El primer capítulo está destinado: a presentar, siguiendo a escritores foráneos, las diversas escuelas socialistas y los resultados de la experiencia bolchevique en Rusia, todo desde un punto de vista reaccionario. Salamanca se presenta menos erudito que Paz y en lo que se refiere a los datos se muestra igualmente anticuado.

Se esfuerza por descubrir las raíces del socialismo europeo, para luego contrastarlas con la realidad boliviana; la conclusión invariable es que el socialismo no puede tener aplicación en nuestro país. Capiosamente dice que la insuficiencia de la tierra en países densamente poblados constituye una de

las causas que justifica la vigencia de teorías extremistas. Seguidamente añade que en Bolivia no existe la "suprema razón de la mucha población, pues, lo que tenemos es al contrario la falta completa de ella; lo que nos hace débiles y pobres y el que quiere tierras no tiene sino que pedir las".

Cita a Spencer para demostrar que en Bolivia no hay progreso por la incipiente de la especialización y el casi ningún desarrollo de la industria. "El empresario es a la vez capitalista y obrero... los que forman la masa llamada proletaria o socialista, no deben llegar ni al tres por ciento de los habitantes, pues los agricultores, en su mayoría propietarios pequeños, no pertenecen a los influenciados por Rusia". En tales condiciones la revolución social en Bolivia sería cuando menos una locura.

No se precisa mucha perspicacia para descubrir que es el latifundista el que busca afanosamente argumentos para rechazar la amenaza de un levantamiento revolucionario. El gamonal ahoga al teórico, pues no se limita a exhibir la pretendida experiencia negativa de los bolcheviques rusos o a repetir a los tratadistas enemigos del socialismo, como el reiteradamente citado Gustavo Le Bon, sino que, fiel a la tradición de los terratenientes, se esmera en recomendar la violenta represión de los agitadores, la aplicación severa de las leyes punitivas. Para él el socialismo comprende todos los crímenes y delitos contemplados en el código penal. "El socialismo destructivo contiene en su programa la suma y compendio de todos los crímenes y delitos que castigan las leyes, y su base es el egoísmo, la inmoralidad, el asesinato de intelectuales, el robo a los propietarios, la destrucción de la familia. ¿Pueden permitir nuestras leyes el desenvolvimiento y desarrollo de un partido así que hiera la vida de Bolivia y la extinción del progreso y la muerte de la civilización". No se explica el contrasentido de que el gobierno garantice la existencia jurídica del Partido Socialista, que atenta contra su misma existencia, dice, para luego añadir: "Creo que para defender la vida nacional y el cumplimiento estricto de nuestras leyes, sería bueno darles todo su rigor y su aplicación exacta; mientras que se den leyes más claras, activas y poderosas como para detener este peligro, dando al gobierno facultades de defensa social, poderosas y rápidas".

Coincide con Paz cuando sostiene que el socialismo es sinónimo de barbarie; le niega carácter de "sistema adelantadísimo". "Nada puede ser más falso; el socialismo es la doctrina y la práctica más atrasada, es una locura de las clases obreras, a quienes engañan cuatro desalmados, tentándoles y picándoles la envidia. El socialismo no entra a una evolución, no lleva a la mejora de la humanidad sino al regreso a la barbarie del tiempo de las cavernas, al exterminio por la violencia y la sangre de todos los adelantos y progreso de la humanidad, y de todos los hombres que no sea obreros".

La acusación más sensacional de Salamanca contra el movimiento socialista boliviano dice que está dirigido y financiado por Chile, a fin de que el caos permita la ocupación del país por nuestro vecino. En apoyo de tal extremo comenta uno de los acuerdos del cuarto congreso sindical y la conducta de Roberto Hinojosa. "El objeto de estas líneas despergeñadas es demostrar que para Bolivia el socialismo es su ruina y fin. El verdadero peligro está en que la vida de Bolivia, sostenida por el patriotismo de sus hijos, ha salvado ya muchas veces de la absorción chilena, y esta nación ya ha comprendido que no puede comerse sola la breva, y desde hace años busca la colonización de Bolivia y su reparto entre todos sus vecinos... La última intentona del socialismo en Bolivia (la revolución de Villazón de 1930) ha sido fomentada por un comité chileno. Una vez en el poder los socialistas, los pocos artesanos de las ciudades que son nuestros socialistas no podrán dirigirse ocupados en cumplir sus promesas de matanzas; mientras que las naciones vecinas interesadas en los despojos de Bolivia, armarán de sus rifles pasados de moda y uso a los indios, que llenarán su inextinguible odio por mestizos y blancos exterminando a todos, y así la barbarie habrá estallado y nuestras civilizadas vecinas intervendrán y se repartirán Bolivia en nombre de la civilización". El argumento de que los socialistas bolivianos sirven a países extranjeros, particularmente a Chile, ha sido repetido posteriormente por la reacción y siempre en forma maliciosa, las más de las veces para justificar la sañuda persecución policial.

En el cuarto congreso obrero los anarquistas acusaron a la fracción marxista de mantener vínculos con los "agitadores profesionales de Moscú y Montevideo", según informó la prensa diaria de ese entonces. Salamanca deduce de esta acusación que los socialistas estaban empeñados en destruir internamente Bolivia en beneficio de los países vecinos. "Ahora, un partido sostenido por bolivianos pretende destruir la misma obra sabia de Sucre. Son los socialistas, que no podríamos llamarlos bolivianos, porque nuestro patriotismo se resiste a creer que pudiera haber uno que quiera destruir a su propia madre... Sólo así se explica que los socialistas estén dirigidos de fuera, por aventureros rusos, cuya influencia basada en sus dineros da derecho a pensar que están conquistando nuevas colonias como hicieron también las compañías españolas".

El congreso de Oruro también aprobó una resolución contra la guerra y recomendó desobedecer las leyes del servicio militar obligatorio. Nuestro autor recuerda que tal actitud de los socialistas está penada por el artículo 219 del Código Penal. Después de defender apasionadamente las virtudes del ejército boliviano se pregunta: "¿los han dirigido Rusia, Chile o el Paraguay, para que fomenten el socialismo y puedan sacar ellos todo lo que desean, por mano de los socialistas bolivianos?" Parte del falso supuesto de que toda guerra debe conducirnos a la conquista de un puerto sobre el Pacífico y que en este sentido la transformación del conflicto internacional en guerra civil sería una actitud antipatriótica y antinacional. "En un probable caso de guerra y de alianzas, los socialistas se harían presentes haciendo revolución, para impedir la guerra y que no podamos obtener un puerto propio. Estarían listos para matar bolivianos y proteger a los enemigos de la patria".

Salamanca cree que el socialismo en Bolivia ya ha demostrado todo lo que puede dar y de que es posible juzgarlo por sus obras. El golpe de mano de Villazón dirigido por Roberto Hinojosa (junio de 1930) es llamado "ensayo del socialismo". Transcribe una crónica de "El Diario" de La Paz y que está destinada a presentar un catálogo de los latrocinios y excesos cometidos en la frontera con la Argentina. No estamos seguros de que todo lo que se dice en dicha nota corresponda a la verdad, pero sirve muy bien a nuestro autor para confirmar sus acusaciones acerca de la barbarie del socialismo.

El tema central gira no únicamente alrededor del asalto de los dineros fiscales y de particulares sino del hecho de que Hinojosa habría recibido ayuda económica de un Comité Socialista chileno. El héroe de Villazón es presentado como "sujeto digno de manicomio, felón y cobarde".

Las reflexiones de Salamanca eran compartidas por el Poder Ejecutivo, esto por muy extraño que parezca. En el mensaje presidencial de 1930 se lee: "La propaganda se acoge a todas las libertades y los derechos establecidos por la Constitución, no solo para echar en tierra esa misma constitución con todas sus libertades y derechos, sino para destruir el orden social existente. Me parece palmaria la insuficiencia de las Constituciones usuales, para atajar este peligro y es harta clara la necesidad de un nuevo derecho de defensa social. Las dictaduras modernas han surgido, a mi juicio, a consecuencia de la insuficiencia de nuestras leyes como suprema necesidad de defensa social".

Al finalizar esta parte de "El socialismo en Bolivia" se lee que todo lo dicho no busca convencer a los socialistas, "a los que no se convence con razonamientos", sino a los burgueses, para que vean la razón de sus "creencias y las fuerzas con que tienen que sostener la vida de Bolivia y la libertad de que todos gozamos".

Los enemigos criollos del socialismo, y también los que pululaban en el extranjero, se esmeraban en identificar a los críticos de izquierda y de derecha que escribieron acerca de la política y de la vida en Rusia.

Salamanca cuando se refiere al problema de los bajos salarios, las pésimas viviendas y la falta de libertad de los obreros bajo el régimen soviético cita varias veces a Panait Istrati ("Rusia al desnudo"). No se da cuenta que esos análisis fueron hechos con la voluntad de llevar adelante la revolución bolchevique, frenada en su desarrollo por el stalinismo, y no para retornar al capitalismo. La recopilación de Istrati fue directamente inspirada por la Oposición de Izquierda, que nada tenía que ver con los enemigos burgueses o feudales del socialismo.

### **3 PRESBITERO NICOLÁS FERNÁNDEZ NARANJO**

**E**l cura Fernández Naranjo publicó a fines de 1931 un breve panfleto contra la revolución rusa y el bolchevismo. Se trata del ataque contra la barbarie comunista a nombre del cristianismo y de la democracia. Mereció una tercera edición en 1936 (36) y fue creciendo paulatinamente gracias a la adición de numerosos anexos, habiendo llegado a cubrir 182 páginas de texto. De su pluma también salió una crítica a la revolución mejicana y a la persecución religiosa ("Historia de la política religiosa en México").

"La dictadura comunista" está dedicada a la memoria "del Capellán Militar Pbro. José Adrián Velasco, muerto gloriosamente en el campo del honor por Dios y por la Patria (Algodonal; 22 de julio de 1934)".

En sus páginas casi no se menciona a Bolivia y se trata, más bien, de una crítica general. A pesar de todo, la intención del folleto es presentar un espectáculo sombrío para lograr que todos rechacen al comunismo. "Después de leerlas (las páginas del folleto), el lector, intelectual o trabajador manual dirá si es deseable, para la Patria y la América, la dictadura comunista".

Fernández Naranjo demuestra poseer una amplia información acerca de la historia del movimiento marxista ruso. Su folleto comienza refiriéndose al congreso socialdemócrata de 1903, ocasión en la que apareció la ruptura entre las fracciones menchevique y bolchevique. El bolchevismo es definido como "una verdadera fe nueva, que inflama el corazón de sus adeptos; fe que, formulada por los doctores de la Tercera Internacional, disciplina sus voluntades para la conquista del mundo". El marxismo se le antoja una religión con su mística, que "inspira a su vez una disciplina política completa y eficaz: es la disciplina de hierro de los batallones de acero del proletariado".

El capítulo primero está dedicado a analizar los fundamentos teóricos del marxismo y llega a la conclusión de que está muy lejos de ser una ciencia debido a sus errores. Algo más, los remedios que propone el comunismo para superar las monstruosidades capitalistas serían "cien veces peores que el mal".

Menudean las citas tomadas de los escritos de los clásicos del socialismo científico, de Lenin, Trotsky, Bujarín, Preobrajensky, Kollantay, etc. y no así de Stalin, que aparece recién cuando trata de las medidas adoptadas en la última etapa.

Se estudia con algún detalle la organización del Estado soviético. Los bolcheviques son presentados como los ejecutores de los sueños europeizantes de Pedro el Grande y se dice que los marxistas copian a Rousseau para sorprender a las masas: "Y el zar rojo, Lenin, a nombre de la ciencia de Marx, pudo a su vez aplicarlos también. Sobre todo, sedujo a las masas con el espejismo de la idea copiada de Rousseau, del hombre naturalmente bueno a quien basta dejar en libertad en los campos del mundo, para que la humanidad se regenere". Luego sigue un minucioso relato del proceso de la revolución rusa. También se encuentran detalles acerca de la organización del partido comunista.

"Por algunos textos que vamos a enumerar, sacará la conclusión el lector de que, en pleno siglo XX, la sangrienta inquisición bolchevique es infinitamente más bárbara". La represión, propia de un régimen dictatorial, es reducida a una generalidad contraria a la naturaleza humana y presentada como sinónimo de barbarie. En apoyo de su tesis transcribe párrafos de Trotsky, Djerjinsky y Bujarín. El racionamiento de alimentos en 1928, particularmente del pan, es presentado como prueba de que el comunismo no puede menos que llevar al hambre. Mientras las masas apenas pueden sobrevivir en medio de la miseria, Rusia se ve obligada a poner en pie un enorme ejército rojo. Nuestro autor deduce de este hecho lo que considera la línea maestra de la política exterior de la URSS: todos los esfuerzos se encaminan hacia la invasión de los países "democráticos".

El bolchevismo es repudiable, según Fernández N., por sus objetivos fundamentales. La supresión del derecho de propiedad convierte en patrón, al Estado, que no tiene más recurso que utilizar el terror para obligar a trabajar a obreros que han perdido toda incentivación material que pudiese obligarles a interesarse en una mayor producción. En este hecho encuentra la explicación de lo que llama el "total fracaso de la política comunista". La dictadura del proletariado supondría la anulación de todos los derechos y libertades para los obreros. La supresión de la familia y la "nacionalización de los niños" (estos extremos eran, en realidad, lugares comunes, aunque totalmente falsos, en la campaña reaccionaria contra el marxismo) fueron mostrados como caminos que conducían a la disolución de la sociedad misma y a la bestialización del hombre. La legalización del aborto, el nuevo régimen escolar y otras medidas se añadían a los anteriores factores para convertir la prostitución (amor libre) en la institución más importante del nuevo Estado. Es explicable que dedique mucho espacio para denunciar el carácter ateo del bolchevismo y los recursos que utiliza para destruir la religión. Toda la cuestión se reduce al siguiente dilema: "Dios o Lenin".

¿Por qué semejante aberración doctrinal pudo ganar a tantos millones de adeptos? Gracias a su naturaleza religiosa y porque podía saciar la enorme sed de los hombres de creer y adorar algo. "¡Cuánta será la necesidad de creer y adorar que tiene el corazón humano, cuando tantos millones de rusos han reemplazado en sus míseras viviendas los tradicionales Iconos por un retrato de Lenin; y para que este hombre, cuyas víctimas son innumerables, directa o indirectamente, se haya convertido en un profeta, en una especie de Dios".



## 4 "EL SOCIALISMO EN BOLIVIA" (37)

La derecha regló su artillería pesada contra lo que ella consideraba el peligro comunista, utilizó todos los recursos materiales de que disponía para denunciarlo y estigmatizarlo. Los socialistas, que a su vez eran líderes obreros, no escatimaron sus esfuerzos para rechazar la bien orquestada campaña reaccionaria; pero, apenas si podían dar vida a hojas ocasionales y, muy de tarde en tarde, enviar a la imprenta esmirriados folletos. Tenemos un ejemplo en "El Socialismo en Bolivia, aparecido en Cochabamba el año 1921 y citado por nosotros más arriba. Las ideas revolucionarias muy dificultosamente se abran paso y apenas sí llegaban hasta el grueso público. Más que la propaganda era el malestar social el que conspiraba sigilosamente contra el orden imperante.

En la primera página del folleto que comentamos se define su objetivo: "neutralizar la propaganda adversa a las doctrinas e instituciones de nuestro partido y divulgar entre los trabajadores los verdaderos principios que orientan la benéfica obra de su redención social".

La respuesta al periódico clerical "La Verdad" se hace a nombre del Partido Socialista y de la misma clase obrera organizada. La primera parte (polémica) está destinada a justificar el socialismo y levantar todos los cargos que en su contra había lanzado la propaganda ultramontana. La segunda parte (didáctica) trata de la aplicación de las ideas colectivistas al caso boliviano. La sección polémica habla del socialismo en general.

"La Verdad" de 16 de febrero de 1921 había sentado la tesis de que "el socialismo no puede ser un ideal para la humanidad". El folleto que comentamos refuta indicando que se trata de una nueva moral basada en la solidaridad. Esta idea no puede aplicarse al marxismo, porque no es una doctrina ética y considera la transformación revolucionaria de la sociedad como una necesidad histórica condicionada por el desarrollo de las fuerzas productivas y no por ideas morales o de igualdad abstracta. "El socialismo -se lee en el documento de referencia- ha desarrollado en las capas inferiores de la sociedad una moral completamente nueva de solidaridad; por la cual millones de infelices, dándose la mano, a través de las fronteras, se llaman hermanos. En nombre de esta ley moral se ha empeñado la lucha decisiva que, indudablemente, tiene que poner fin a la tiranía y al egoísmo y tiene que abrir... una nueva era de armonía social".

Los enunciados del democratisismo burgués son catalogados como objetivos del socialismo: derecho a la vida; trabajo para todos; bienestar común; igualdad y libertad y hasta el principio prohudoniano del "apoyo mutuo". La solidaridad, colocada en la base misma del socialismo, es presentada como "armonía de intereses y sentimientos" y como el único estado en que el hombre puede vivir "y llegar al más alto grado de perfeccionamiento moral y bienestar material". Este ideal sería foco de irradiación de hermosura, alcanzando su influencia al antropólogo, al filósofo, al historiador y al novelista. Se cita, como ejemplo, la novela "Trabajo" de Zola.

Es exhibida como prueba de la eficacia del socialismo la labor realizada por los grandes partidos reformistas "los apóstoles del socialismo no se limitaron o pedir un tratamiento más humano hacia los humildes; exigieron y consiguieron que fuese respetado en todos el carácter de la humana dignidad, que se propagara la instrucción en los centros obreros, que se higienizaran los talleres para sustraer al proletariado de un medio ambiente de corrupción y delitos; exigieron por sentimiento, no de caridad, sino de justicia, que se redujesen las horas del trabajo, para que el obrero pudiera dedicarse a la cultura de su inteligencia y educación, de su corazón y la perfección de su espíritu; exigieron elevación de salario y promovieron toda una legislación de tutela en favor del proletariado; leyes de garantía contra los infortunios del trabajo, contra el trabajo abusivo de mujeres y niños y contra el trabajo nocturno". Para el autor del panfleto este socialismo se caracterizaba por su fácil difusión en los países civilizados, vale decir, europeos. No existía para él el problema de la revolución de los países coloniales y semicoloniales. La temática de la ideología fue sustituida por cuestiones puramente administrativas: la grandeza de la socialdemocracia alemana se manifiesta a través de los millones de marcos destinados a socorrer a los huelguistas, a los parados, a los castigados, etc. Iguales consideraciones se hacen sobre las actividades de los sindicatos ingleses.

La derecha orientaba su crítica a un aspecto vulnerable de la práctica y teoría socialistas: la inevitable limitación, en los primeros momentos del nuevo régimen, de las garantías democráticas en cuanto

guardan relación con la minoría burguesa. El folleto responde que el socialismo es sinónimo de libertad y que ésta, así en general y en abstracto, "es tan esencial al bienestar y progreso de la sociedad que sin ella ninguna organización social puede existir". No se habla en ningún momento de la "dictadura del proletariado", seguramente porque importa la negación de la libertad de alcance universal. Para soslayar referencia tan peligrosa dice que "durante el período de transición de la sociedad burguesa a la socialista, se emplearán los medios de acción y reacción, que se heredarán del régimen actual. Junto con la expansión de la democracia, los autores de la gran transformación social estarán obligados a establecer una serie de restricciones a la libertad que hoy gozan los opresores y explotadores". Habrá libertad para todos cuando sea posible imponer a la sociedad la fórmula "de cada uno según aptitudes, a cada uno según sus necesidades". Constatamos que esta vez se rechaza la peregrina teoría de que el comunismo consiste en el reparto equitativo entre todos los ciudadanos del botín expropiado a los burgueses.

Se partió de los acuerdos aprobados en los congresos socialdemócratas de Halle y Erfurt para dejar establecido que el partido de los obreros no se interesaba por la religión, desde el momento en que se declaró que era una cuestión privada. Sólo faltaba un paso para concluir que el socialismo importaba la libertad religiosa; así se anulaba uno de los principales argumentos de la reacción. Si el Estado moderno "no puede ser confesional", es claro que no puede establecer una religión oficial y menos impartir la educación dentro de estas normas. Los padres serían los encargados de orientar la conciencia de sus hijos. Estos extremos tienen más de común con el liberalismo que con el socialismo.

"La Verdad", haciéndose eco de todas las diatribas lanzadas contra las escuelas izquierdistas, sostenía con aplomo que el socialismo incitaba al epicureísmo, al goce ilimitado de los placeres sensuales. El marxismo parte de la certidumbre de que el aumento masivo de la producción permitirá, en la sociedad comunista, que el hombre satisfaga plenamente sus necesidades materiales. "El socialismo en Bolivia" dice que lo que él llama "materialismo económico" (en lugar de histórico) predica la abstinencia de todo lo que constituye el mundo epicúreo y la moderación en todo lo que se refiere al goce de placeres sensualistas". Con indisimulado orgullo se recuerda que Enrique Ferri propuso la expulsión de las sociedades obreras de sus miembros entregados a la embriaguez.

Se opone una sentencia extraída de la encíclica Rerum Novarum de León XIII ("las necesidades del hombre no mueren") para desbaratar el argumento de los enemigos del socialismo en sentido de que esta doctrina lleva a la desaparición de los estímulos del trabajador ("el deber, el interés, el honor, y las necesidades").

El espinoso problema de la existencia de Dios (que no es materia de discusión para los marxistas) es superado con ayuda de Flammarión, que trazó una apología al "Dios eterno, omnipotente, infinito de la naturaleza y de la ciencia" y negó a los dioses de las diferentes religiones. Nos vemos empujados, por extraño que parezca, a un socialismo deista. Puede creerse que este razonamiento forma parte de una maniobra encaminada a desorientar al adversario; sin embargo, encaja perfectamente en el cuerpo doctrinal del socialismo ético y reformista. La misma teoría del valor es presentada como "el substratum ético-jurídico de la admisión de los operarios a la inspección y administración de las grandes industrias y de su derecho a la participación de las utilidades". La confusión llega a su punto extremo cuando se identifica la teoría del salario desarrollada por Marx con la ley de bronce de Lassalle, que se las pretende defender recordando que algunos líderes de la democracia cristiana sostuvieron la inevitable desaparición del asalariado.

Se cita por primera vez a los trabajadores bolivianos en la mitad del escrito, para recordarles que "el socialismo no combate a ninguna religión, ni siembra el ateísmo, nuestra propaganda es aconfesional, es exclusivamente social". Esta declaración tendía a facilitar la propagación del socialismo, pues los adeptos de la nueva doctrina podían abrazar la religión que creyesen conveniente. Algo más, los inevitables ataques al clero eran presentados como algo muy diferente a la lucha contra la religión, Se sigue la tradición de presentar al cristianismo primitivo como práctica socialista.

De acuerdo con la escuela positiva, que en ese entonces era una avanzada de la criminología, se concluye que el advenimiento del socialismo contribuirá a la sensible disminución de la delincuencia. Para demostrar que el mejoramiento de las condiciones económicas permite el pleno desarrollo de la individualidad se cita el ejemplo de Simón 1. Patiño, "un personaje que Smiles lo hubiera admitido entre los héroes de su "Ayúdate". La admiración enceguedora no permite ver al autor que el dueño de "La Salvadora" encarnaba al explotador capitalista.

A partir de la página 55 se analiza la situación social boliviana. Sirve de punto de partida la constatación de que también en nuestro país "existen los esclavos de talleres, los ilotas de los campos, los forzados de las minas"; pero, se pone en duda que esa situación fuese la consecuencia del antagonismo "entre el capital y el trabajo". Seguidamente se sostiene que el obrero nativo está "dotado de virtudes que le hacen sumamente apreciable. Por su psicología parece la personificación de la serenidad; su carácter es calmoso, tranquilo, pacífico, modesto, dócil, inteligente y activo: sólo el alcohol altera tantas virtudes. Las dotes morales que le faltan para que pueda ser el retrato del ideal del obrero, son el sentimiento de la economía, la sobriedad y la solidaridad". La frugalidad en la mesa del obrero es considerada una virtud y no como la consecuencia de su extrema pobreza. Nos parece que es la única vez que se habla de "la plasticidad de las aptitudes del obrero boliviano", que le permite "realizar todo lo que ve, pues su espíritu de imitación lo abarca todo". Se reitera el error común a la época: el colono, peón y pequeño propietario agrícola son asimilados al proletariado.

El meollo de la ideología del folleto tiene como punto de arranque la denuncia de un peligro inmediato: Bolivia será fatalmente arrastrada al torbellino de la cuestión social, "como lo fueron todas las naciones civilizadas". Lo sensato era prepararse oportunamente para "prevenir la cuestión". Se señalan tres factores de esta preparación: el Estado, "el partido socialista organizado y el clero con el partido católico".

Habiendo asomado el socialismo por las cumbres de los Andes y habiendo llegado la hora para entrar en Bolivia", correspondía al gobierno darle acogida oficial, rodear de garantías legales su existencia y convertirlo en movimiento legal. "Elija Bolivia entre el individualismo egoísta del capitalismo que lleva al pesimismo y la solidaridad socialista que lleva al optimismo. Creemos que es prudente y ventajoso para el país admitir los problemas que entrañan, discutirlos libremente. Es bien que existan organizaciones que atraigan a los obreros, los moralicen, les inspiren la formalidad en sus empeños, la disciplina en el cumplimiento de sus deberes, que traten de convertirlos en ciudadanos conscientes".

Teniendo en cuenta los programas mínimo y máximo de la socialdemocracia, se sostiene que en la atrasada Bolivia, dado su incipiente desarrollo, no se puede esperar la inmediata aplicación del programa máximo, con su carácter revolucionario y catastrófico", intento que se lo cataloga como ilógico y ridículo.

Serían el atraso del país, "la desproporción entre las condiciones demográficas y las geográficas" (poca población y gran extensión de territorio), los que no permiten el desarrollo de la lucha de clases. "En Bolivia hay tierra y, consiguientemente, pan para todos: no se requiere sino aptitud y buena voluntad".

Todo lo anterior permite concluir que sería insensato predicar el odio y la lucha de clases, "como en otros centros donde tienen su razón de ser"; propagar ideas revolucionarias contra el Estado; "sembrar el pesimismo en la mente y el corazón de los obreros". Se añade que tal propaganda sería criminal.

El deber primordial debe consistir en ganar a la mayoría nacional en favor de las ideas socialistas y para esto es necesario que se organice un poderoso partido de los obreros. Sale nuevamente a primer plano la confusión entre sindicato y partido: "hay que unir la contribución económica de todos los afiliados, de todos los pequeños centros organizados y depositarlo en la caja común de la Federación Obrera Nacional".

El redactor del folleto que nos ocupa certifica que el Estado boliviano, al igual que los demás, está dispuesto a intervenir en el campo social. Lo que hace falta es ayudarlo a cumplir esa misión, a fin de que dicte "una legislación obrera". En la conclusión leemos que la tarea más importante consiste en modificar las condiciones económicas del proletariado boliviano a objeto de levantar su nivel moral".

En "El socialismo en Bolivia" aparece el nombre de Marx en varias oportunidades, pero su afinidad con el reformismo no ofrece la menor duda. Se esfuerza por ignorar la experiencia rusa y la doctrina bolchevique.

El sentimiento socialista, más que una ideología, asomó por caminos insospechados. En "Campanas y Campanadas", que en La Paz editaba Walter Carvajal, encontramos una crónica de Julio Gutiérrez Pinilla, enviada desde Oruro en 1916, sobre "La fiesta patria y la clase obrera". El autor sostiene que la extrema miseria y explotación de los mineros ayudan al nacimiento del socialismo: "(El proletariado) busca la manera de impedir el agotamiento de sus energías. Ya que, evitando su constante desgaste, empieza la

reacción socialista en medio del cariño al orden y las familias pobres de los mineros que sucumben en la lucha por la vida”.

En “Campanas y Campanadas” también escribió Gerardo F. Ramírez, calificado por nosotros como utopista. En dos números se incluye su artículo titulado “Mineros aventureros”, que, aunque escrito con ingenuidad, demuestra que el joven escritor era conocedor del trabajo en las minas.

\*\*\*

(31). Gustavo Rios Bridoux, “Por amor a Bolivia. Gobierno, política, educación”, La Paz, 1926.

(32). “Galería parlamentaria”.

(33). Ver Roman Paz, “La escuela neutra y el laicismo”, Sucre, 1920.

(34). Román Paz, “La revolución social, doctrina y práctica”, La Paz, 1931.

(35). Octavio Salamanca, “El socialismo en Bolivia. Los indios de la altiplanicie boliviana”, Cochabamba, 1931.

(36). Presbítero Nicolás Fernández Naranjo, “La dictadura comunista en la Rusia Soviética. Estadísticas, fotografías, documentos, cifras”, tercera edición, La Paz, 1936.

(37). “El socialismo en Bolivia, Polémica y didáctica”, Cochabamba, 1921.